

Cuento ganador en la modalidad de castellano, del XXIV "Concurso de Cuentos Villa de Errenteria", organizado por "Ereintza Elkartea", con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria<sup>1</sup>.

# DE DONDE SOPLAN LOS VIENTOS

Pablo Rodríguez Medina

**N**unca me digan de dónde vienen y por dónde vagan los vientos.

Se lo susurro a quienes se acercan y me interrogan por qué, muchacho, por qué lo hiciste.

Se lo suelto a los que merodean mi calma y nada más me sonsacan y me averiguan la tristeza a flor de piel bajo las pupilas, esa amargura rebosando como el agua de un vaso a punto de desbordarse.

– No me resuelvan jamás de dónde viene el viento...

Se lo suplico imitando tu deje tristón y parrandero, les ruego que, si saben ustedes decirme de dónde carajo acude el viento que se nos lleva las palabras, no me lo revelen.

Ellos se abandonan pensativos, se lo preguntan, sé que se lo preguntan, Amalia, en ese silencio en que callan confundidos, y después se van chasqueando la lengua y concibiéndome loco.

No les culpo Amalia, no les culpo, de veras. Ya va para tanto tiempo y ni siquiera yo acerté a descubrir tu pequeño acertijo que devanabas entre los dedos y las caricias.

Me da vergüenza, Amalia, me da vergüenza reconocerlo.

Aún no comprendí después de tantos años de dónde carajos acude el viento, Amalia, ni siquiera aquel viento que se desataba corazón arriba cuando me cruzabas las manos sobre los ojos y quedábamos, o al menos yo quedaba, a oscuras, escuchando desde la penumbra el aroma a amor manchado de tu sostén.

Sé que me lo decías entonces para que me quedase un poco más allí, a tu lado, guardando a que el tiempo o mismamente la vida tras de nosotros pasase y que se cerrasen, de ser posible más que probable, las heridas que te habían ido bordando en el alma a fuerza de malvendidas caricias.

– Aguarda un poquito más, Botela, tú, mi chamaco...

Y me soltabas de poco en poco aperitivos de tus juegos de niña mayor, de aquella niña que alcanzaba a resplandecer a pesar de todo bajo los párpados ojerosos. Y yo te hacía caso, me compadecía y bajaba de nuevo a la recepción de la casa de la señora Alberta, a ampliar las horas robadas de aquel amor imposible.

– No sé cuánto te ha de durar esto muchacho, pero mucho no ha de ser...– se compadecía la madama.

Pagaba y subía y detrás del amor renovado en aquella planicie de estertores nos abrazábamos tiritando bajo las sábanas ajenas, con aquel jolgorio como de recién casados y acudías, amor, a desenredarme pequeños enigmas en el lóbulo de la oreja, a contarme aquellas historias con acento de pandorga.

– Me trajeron los vándalos desnuda sobre sus corceles, sabes, me trajeron los piratas a lomos de las ondas enjaezadas, oculta en una tina de vino y durante las noches escuchaba el terco rechinar de las gaviotas y los besos solitarios... Ya de entonces me atenazaban los tobillos estas argollas.

Señalabas para las cadenas que te ataban a los barrotes de la cama y te dejabas desfallecer de tristeza.

Qué viejo, dime, entonces al amor de los minutos en que compartíamos el tabaco resolvías por preguntarme acertaste acaso de dónde viene el viento. Y yo te sonreía cómplice y confesaba que no, que aún no. Lo reconocía con la boca chica para agregar quizás para la próxima y me reiterabas sorprendida si acaso iba a volver y yo te prometía sí, y que ya verías cómo para la próxima tendría averiguado de veras de dónde carajos acudía el viento.

Hacía tiempo que el Micho y yo nos habíamos acercado a las casonas viejas de la calle de las

<sup>1</sup> El jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Jon Obeso, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

camelias, borrachos y con un manojo de billetes ganados al billar. El Micho y yo nos corríamos buenos festejos. Para cuando llegamos ya nos habían echado de las mejores calles de la parranda; nos habían ido oliendo y probando las ganas de buscar tunda entre la canalla, las ganas de superarse y hacerse hombres entre humo de tabaco y masticada ginebra, entre peleas que siempre acababan por marcarnos.

– Nos huelen el aroma a monte, muchacho, a pura caballeriza...

Aquella noche íbamos desbaratando hasta nuestro jornal por las calles del pueblo. Mi primer jornal de recadero. El Micho soportaba mucho mundo encima. Había estado antes a la madera, allá, en las regiones del norte donde nada más que hay pinos y castaños, y árboles y más árboles, pero ninguna mujer, estudiante, recuerdo que me decía, pero mujeres, ninguna. De él se decía tan montaraz que desbravaba lo mismo yeguas que hembras. El Micho se sentía superior a mí porque era diestro con el puñal en los enganches y porque era conocido por su brillantez en el juego del billar. Me menospreciaba por estudiante, él, que en cambio, aseguraba tenerlo todo aprendido.

Ven estudiante mascullaba con los labios arrasados por la bebida vayamos a refocilarnos con las mujeres.

Me arrastró así aquella noche a las casas de la calle de las camelias, y nos metimos, oliendo a aguardiente y con las palabras quebradas, en la habitación vieja donde me esperabas saturada de un hartazgo de caricias y de besos amontonados.

Al alborecer te poseía dócilmente.

Ya entonces, me acuerdo, portabas el anillo de los sueños en vano y el camión blanco donde yacía el sudor trenzado. También entonces guardabas el mismo son humillado del que nunca te desprendiste, siquiera un poco cuando tiempo después yo, tantas y tantas veces, te hube de prometer el oro y el moro, un nuevo paraíso de cosas cotidianas.

– Te resguarecerás en mi casa, Amalia, y envejeceremos juntos con el silencio. La casa olerá a savia en marzo y a madera quemada para despedir septiembre.

Iba a haber un olor a carbón embarrado en noviembre y la escarcha nos regalaría hijos al despuntar el verano, de veras Amalia, hijos que te traerían flores a la vuelta del colegio.

Ay mi chamaco, reías, cuánto resta, cuánto te queda, cuánto te va a enseñar la vida aún, y me alisabas el flequillo inquieto de estudiante. Pero en el

fondo lo querías. Querías oler las sábanas acostumbradas y envejecidas sobre un mismo amante, querías reconocer la espalda del hombre que había yacido a tu lado.

Abandonaba yo los suburbios y tú te quedabas allí, con los otros, con los tantos otros hombres pensando en qué nombre ponerles a los hijos, en el color en que ibas a pintar la casa o en cuánto tasarías las sacas de carbón. En eso pensaba yo mientras iba, suburbio arriba, hacia el establo donde había de dar relevo al Micho. El Micho se había vuelto más hosco. Rara era la vez en que no acabábamos de discutir a empellones, embromando, en apariencia pero con cierto resquicio. Si le hablaba de ti meneaba la cabeza y maldecía el día y la hora en que me llevó a conocer tu fuego.

– ¿Cuándo dejarás de visitarla?

– Cuando acierte a responder de dónde viene el viento...

Cosas de estudiante, respondía él dejándome por imposible, y se iba murmurando con la chaqueta al hombro a buscar unos brazos con los que medirse tras una botella y permanecer rendido hasta el día siguiente.

Allá me quedaba yo componiendo declinaciones y estrofas, repasando los metros y las raíces cuadradas, entre el olor de las bestias y las horas que deambulaban en lentitud.

Me dolía saberte poseída de otros, fingiendo complacencia cuando era asco; me dolía pensar qué hueso te habría de doler, en el insulto que habría de extirpar para que recobrases, Amalia, la risa y aquella tristeza de niña mayor.

Lo que fuese necesario haría para que tú me mirases un breve instante apenas y me dijese como si fuese la primera vez, qué mi chamaco, ya diste con el acertijo o te trae por la calle de la amargura, y yo decía, no, aún no. Recordarás, Amalia, los días infelices en que me rogaste no te vayas, que te arrastrase incluso a la muerte, que cualquier cosa mejor que aquellos mastodontes, que aquellos camioneros de la región sur que iban hacia el yermo.

– No saben más amor que gozarme como malas bestias, hipabas con los labios rotos, no tienen más goce que sentirme gritar de mero dolor hasta desgañitarme como una gallina.

Toma, y me diste el anillo de pésimo latón convencida de que valía una fortuna, ve y véndelo, comprame un día entero de sosiego, de tranquilidad a tu lado.

Tu anillo de latón, aquella alianza que te prometió el europeo allá, en tu choza de palmeras, entre tus harapos de mujer mísera y buena. Aquel hombre que te galanteó con perfumes caros por pocos días y nada más visteis en él el traje, el acento, el dinero que guardaba en la mano.

Se confesó enamorado de ti, locamente. Te llenó la casa de orquídeas y de nomeolvides y te fuiste tras de él, sobre su caballo, aprovechando la oscuridad de la casa.

Aquel día bajé a las platerías del mercado donde se venden hasta las ánimas y los descansos de los muertos. Guardé tu anillo y vendí mi cadena de plata vieja, herencia ancestral de la familia.

Y así, Amalia, fueron volando los libros y las gramáticas, así fui dejando en empeño las estilográficas regaladas y los libros encuadernados en cuero, malvendiéndolo todo por un puñado de billetes, por un puñado de minutos de estar a tu lado.

Detrás de las letras se fueron los favores. El Micho me prestó dinero de sus apuestas al billar para visitarte porque siempre le anuncié la última vez que solo la última, y después le defraudaba al pedírselo de nuevo que nunca sabía de dónde carajos, le explicaba, de dónde Amalia, nacía el viento. Entonces desaparecieron las herraduras de los caballos. Cuno el herrero las compraba y pagaba bien por ellas. En el establo no se explicaban cómo era el asunto, por qué desaparecían los herrajes. Nadie se fijaba en mis uñas y mis dedos astillados. Me sangraban tanto que apenas podía componer un simple verso ni deleitarme con tus caricias.

Seguía amándote Amalia a pesar del dolor de las manos a pesar de los ojos enfermos a pesar de no mediar entre nosotros más que el silencio al verte los labios rotos y aquella muestra de cintarazos que te recorrían las espaldas. Era apenas verte, no obstante verte, para saber que en el brillo de tus ojos me preguntabas alegre y yo te respondía que no, que aún tu chamaco no sabía de dónde, Amalia, de dónde viene el viento

El día en que el Micho me mandó recado en que me proponía ser su padrino llevaba hurtadas las últimas herraduras de la suerte. Ya no quedaban más caballos de donde las hurtar ni más dedos que tronchar en el silencio.

Lo hice además porque sabía que la partida del Micho había despertado gran expectación y que iban a acudir todos al Patio de la Chueca a verlo

carambolear contra un extranjero. Hasta la señora Alberta cerró su local y decidió encaminarse al palco de honor, con las autoridades, a ver la partida.

Nada más que tú Amalia, incapaz de levantarte, atosigada del amor ciego y sufrido te quedaste en la cama con la espalda abierta y las llagas supurando tristeza infinita.

Se me figuró entonces pasar a buscarte y quitarte un poco las argollas de los pies para procurarte alivio. Te soplaría en las llagas con los vientos de mi boca y cuando pudieses andar marcharíamos a vender las herraduras y la suerte y escaparnos.

Estaba todo pensado, iríamos fugitivos a andar por los bosques como puercos y alimañas, haciéndonos el amor, hiriéndonos en la desnudez con los restrojos y mascando raíces.

De vez en cuando mirándote a la inmensidad de los ojos te preguntaría de dónde, Amalia, de dónde me procuran los vientos tanta dicha.

Se sentían desde abajo los lamentos en el escampar de los cintarazos, se sentían acuciantes tus súplicas y atronadores los insultos que aquel mastodonte te dedicaba. El vozarrón de aquel hombre hizo imperceptible el girar del picaporte y el rechinar de las tablas.

De pronto se sacudió el silencio apenas roto cuando se desparramó la saca con las últimas herraduras y el hombre, Cuno el herrero, se desplomó en el suelo con el torso desnudo y suspirando largamente desde su pecho henchido como un gran fuelle de fragua.

Tranquila, te murmuré, tranquila. Tu cuerpo se volvió más dócil y cuando reparaste en mi voz y quisiste saber qué pasó, mi chamaco, qué pasó, sólo acerté a decir mientras rompía las cadenas que ya no tenías nada que temer.

– Le he roto la crisma.

Te mandé marchar desnuda, tan solo protegida por una de aquellas sábanas ariscas, te mandé huir por entre los jarales y las sebes altas, por entre los linares, derecha hacia las montañas que la gente abandonó hace cuanto allá, para acudir a Ciudad del Yermo.

– Más tarde me reuniré contigo, bajo los manzanos, no tengas cuidado. Es ese el lugar de donde acuden los vientos, por eso lo sabrás. Voy a despedirme del Micho, para que me asista, para que me ceda unos cuantos últimos dineros.

El Micho no me perdonó tan grave afrenta. Allí estaba, horas después de la hora pactada,

fumando cigarrillos y con los ojos abrasados de jugar durante la madrugada.

Lo saludé y apenas me vio, enfiló veloz el camino y de un puñetazo me derrumbó. Dicen que el juego lo volvió loco y que se hizo ermitaño de mil caminos, que vaga por Los Valles con rezos crepusculares y que promete no volver hasta que las barbas le crezcan.

A mí ya me esperaba la autoridad pertinente para llevarme a prisión. El herrero salió de tan amargo trance, porque parece ser que las herraduras le trajeron suerte, pese a todo.

Me descubrieron lo de los robos a los caballos, y lo de tu libertad y la madama ya se encargó de apalabrar con los mandamases un duro castigo, que no cundiese el ejemplo entre anarquistas y amantes del estrofismo y del versolibrismo. Dicen que no voy a tener suficiente vida para que me cubra la condena.

Por eso yo se lo pregunto a todos los que vienen, a todos los que acuden a cerciorarse de mi locura.

– ¿Acaso ustedes saben de dónde acuden los vientos?

Mas no hay manera posible de hacerme entender, no llego a encontrar forma humana posible de pedirles que por favor me hagan un mandato.

Les ruego que vayan allí y te busquen, Amalia, debajo de los manzanos, que te busquen debajo de los tiempos de espera, debajo de la hojarasca y te digan que voy a tardar un poco de tiempo en acudir, que no te merece la pena perder tanta vida.

Les prometo que será fácil reconocerte por las marcas de las argollas, por los ojos color mar de tristeza y por las maravillosas historias que cuentas de bucaneros y amores perdidos, historias que son de allá, de donde soplan los vientos.



**P**ablo Rodríguez Medina. (San Andrés de Linares-L'Entregu. Asturias). 1978. Licenciado en Filología Hispánica y experto en Filología asturiana por la Universidad de Oviedo.

Escritor en asturiano y en castellano, cultiva varios géneros (ensayo, cuento, novela, teatro, poesía...). Sus obras han obtenido galardones en premios de relatos a nivel regional (*Turón Joven 1998*, *Art Nalón 1998*, *Concurso de Cuentos Valentín Andrés 2000*), de carácter nacional (*Villa de Hellín 2000*, *Francisco Pastor 2000*) o internacional (*XVI Premio Internacional de Relatos Max Aub 2002*), *Premio de Cuentos Villa de Mazarrón 2002*, *Fernández Lema*, *Premio Internacional de Cuentos Fantástico Terrorífico de Corvera*, *accésit del Miguel de Unamuno 2001*).

En poesía ha publicado, entre otros, *Desbandada* (Premio Joaquín Benito de Lucas 1998), *El desorden de los vientos* (Premio Pastora Marcela 1999), *La arena tras tus ojos* (Premio Esperanza Spínola 1999) y *Los laberintos del humo* (Premio Internacional de Poesía Gerardo Diego, Editorial Pretextos). Está por ver la luz su poemario *Los nombres que ahora evoco* (Premio Flor de Jara de Poesía Joven).